

Las aves que emprenden su emigración á otros climas y las hormigas que almacenan provisiones en sus graneros, parecen hacerlo en previsión de las circunstancias del invierno y de las necesidades futuras que más tarde no podrían atender; las abejas y las arañas parecen dirigirse por el cálculo, cuando disponen aquéllas sus celdillas según la ley económica del mayor aprovechamiento y el menor trabajo, y cuando éstas fabrican sus telares según la ley también de la mayor resistencia y el menor esfuerzo; los castores construyen sus casas, las aves sus nidos, los insectos depositan los gérmenes que han de continuar la vida de la especie rodeándolos de condiciones apropiadas á la mejor conservación y desenvolvimiento orgánicos, etc., etc. Y estas manifestaciones maravillosas de la psicología animal no son casos excepcionales en su vida, lo serán nada más para nuestros groseros sentidos y para nuestro conocimiento incompleto y superficial de las cosas; porque el mismo orden y la misma finalidad imperan en las costumbres todas de los animales, en su vida interior y en la exterior.

Indudable que el orden, la finalidad, la previsión, son producto de una inteligencia, y allí donde encontremos algún vestigio de estas cosas habrá de reconocerse la intervención de una causa inteligente. ¿Pero será necesario suponer en los animales una inteligencia personal, á semejanza de la humana, que concibe y realiza conscientemente el orden, los planes, los medios y los fines? De ninguna manera.

Sería necesario admitir en los instintos animales una inteligencia superior á la del hombre, como son superiores á esta inteligencia las obras del instinto. El instinto hace las cosas desde el principio y sin aprendizaje con toda perfección, tiene previsión de lo futuro, de lo absolutamente desconocido, de lo que no ha podido haber ni experiencia, ni percepción, ni imágenes anteriores: todo lo cual es incompatible con la hipótesis de una inteligencia personal y cons-

ciente (1). Más aún, habría que poner inteligencia muy superiores á la humana, no sólo en los animales, sino en todos los seres del universo: los organismos disponen sus funciones complejas haciéndolas converger en un orden de finalidad, seleccionan las sustancias útiles asimilables desechando las inútiles ó nocivas, y en su desenvolvimiento crean formas de arquitectura admirable ajustándose á un plan prefijado, como si una idea inteligente presidiera todo este movimiento; los cuerpos brutos adoptan formas y actividades perfectamente modeladas y orientadas conforme á un plan ideal; todo el universo obedece, en fin, á un orden de finalidad inmanente expresado en sus leyes. ¿Habremos de suponer la naturaleza constituida y movida por un fondo psíquico é inteligente?

7.— «Si el animal muestra tanta habilidad en sus obras—dice Santo Tomás—no es porque sea guiado en ellas por *su propia* inteligencia, sino porque el Autor de la naturaleza ha

(1) El animal realiza una serie de actos, en los cuales el conocimiento no toma evidentemente parte alguna. Los polluelos de pato, criados por una gallina, se van derechos á la orilla del río y se lanzan intrépidamente al agua, sin hacer caso del llamamiento y las angustias de su madre adoptiva. La ardilla hace su provisión de avellanas y bellotas antes de conocer el invierno. El pájaro nacido y educado en una jaula construirá su nido, dejado en libertad, sin haberle nunca visto ni haber aprendido, del mismo modo que le construyeron sus padres, en un árbol, en la hendedura de una piedra ó sobre la tierra, con los mismos materiales, en la misma forma. La araña teje, sin aprendizaje, el tejido geométrico de su tela; la abeja fabrica geoméricamente su panal. El capullo de la oruga, la cabaña del castor, las galerías de las hormigas, el nido de la avispa, en una palabra, todo lo que hay de más admirable en las obras de los animales, todo debe ser atribuido á un principio distinto de la inteligencia. Y la razón es concluyente: el animal no ha tenido ni tiempo ni medios de aprender, luego no sabe ni tiene conciencia de lo que hace, luego cede á impulso de una tendencia ciega. Este principio se llama *instinto*. Cfr. P. de Bonniot: *La bête comparée à l'homme*, página 66. París, 1889.



sabido, con una sabiduría suprema, llevarle por una inclinación natural á realizar obras de orden perfecto.» (1).

En los planes ordenados que realiza el instinto no aparece indicio alguno de conciencia de los medios y fines, como tales, en sus relaciones abstractas, no hay asomo de que vayan presididos por ninguna idea de finalidad. La idea de finalidad lleva consigo en el hombre el poder de elección de medios múltiples y variables que conducen á un mismo fin, y de aquí la ausencia de uniformidad en los planes de la inteligencia humana, que contrasta con la fijeza invariable de las obras del instinto. Si á varios hombres se propone realizar una empresa, cada uno concebirá el plan á su manera, siendo una verdadera casualidad la coincidencia en la elección y ordenación de los elementos, que si son numerosos y complejos puede de antemano asegurarse que no habrá dos que coincidan; el instinto, en cambio, es tan uniforme en los fines como en la elección y orden de los medios. De aquí la perfección relativa, los tanteos y retoques, la variación y el progreso constantes del hombre en sus industrias, y la seguridad y el estancamiento perpetuo del animal en las suyas (2); las costumbres que hoy obser-

(1) *Summ. Theol.* I, II, 13 ad 2.—«Admiremos en los animales, dice Bossuet, no su ingeniosidad y sus maravillosas industrias, porque no hay industria donde no hay invención, sino la sabiduría de Aquel que los ha construido con tal arte, que parecen ellos mismos obrar también con arte.» *De la connaissance de Dieu et de soi-même*, V, § 10.

(2) «Supongamos, dice el P. de Bonniot, que en estas diminutas cabezas (de las abejas) se añade al instinto la razón; resulta absolutamente imposible que la uniformidad no quede deshecha. Instruida por la experiencia, la razón no puede darse cuenta de alguna modificación ó progreso posibles, sin intentar realizar de algún modo este progreso entrevisto. Supóngase que en una colmena, por ejemplo, cada obrera está dotada de razón, ó lo que es igual, que pueda discutir alguna modificación ventajosa en la celdilla que está construyendo, y lo realiza así como lo ha concebido. ¿Qué resultará? Que la pequeña ciudad recibirá las formas más irregulares y variadas, á

vamos en los animales no difieren un ápice de las que Aristóteles nos dejó descritas en su *Historia de los animales*. Si la razón concibe las relaciones universales y los medios diferentes con que puede realizarse un mismo fin, bastaría con introducir en la cabeza del animal un adarme de razón para dar al traste con la fija uniformidad de los instintos.

No podemos observar directamente la psicología com-

menos que la reina haya impuesto eficazmente un plan á toda la colonia »

E. Rabier señala como caracteres del instinto los siguientes: *a) Especialidad*: La razón sirve para todo, el instinto no sirve más que para una cosa. No hay instinto general como hay razón universal, solamente hay instintos especiales. El castor, el ave, la abeja, no tienen el instinto de construcción en general, lo que ya sería una especialización, sino el instinto de construir, el uno chozas, la otra nidos, la tercera panales; y chozas, nidos y panales de tal forma determinada.—*b) Ignorancia del fin*: El instinto es consciente, pero no tiene conciencia de su fin; por aquí el acto instintivo se distingue de la razón reflexiva. No es que el acto instintivo no tenga fin, pero este fin no es conocido por el animal. Si el instinto tiene conciencia de lo que hace, no tiene conciencia del *por qué* de lo que hace.—*c) Perfección inmediata y sin estudio*. ¿Qué ejercicio, dice Du Bois-Reymond, podría enseñar á los pájaros á construir sus nidos en mejores condiciones para guardar el calor, á encontrar más seguramente el camino del Mediodía; á las abejas á realizar sus trabajos geométricos, á las arañas á resolver mejor sus problemas de mecánica?—*d) Fijeza*, ausencia de progreso: esta es la regla ordinaria, y consecuencia natural del precedente. Cierto que cuando las circunstancias del medio cambian, el instinto puede á la larga modificarse y adaptarse á las nuevas circunstancias; pero en estos casos las nuevas adaptaciones que se forman pasan al estado de instintos.—*e) Universalidad* en la especie: todas las abejas de la misma especie dan la misma forma á las celdillas de sus panales; todas las arañas de la misma especie tejen del mismo modo su tela, etc. Y esta es la razón por qué allí donde el instinto gobierna solo la vida animal, los individuos quedan confundidos con la especie (ejemplo, las hormigas). Al contrario en las especies donde la individualidad está más marcada, en los perros, por ejemplo, los instintos son más raros, y el individuo se conduce sobre todo por su experiencia individual.—*Psychologie*, 8.ª ed., pág. 668 y siguientes.



plicada de los instintos animales, si obedecen á un puro automatismo psicológico, ó brilla en ellos un destello de razón; y no estando al alcance de nuestra observación más que el exterior, nuestros conocimientos del fondo psíquico interno han de ser analógicos solamente, simbólicos y aproximativos. Pero el hombre vive también en parte una vida animal y posee instintos semejantes á los instintos animales (1). Y en el hombre los instintos y la inteligencia se desenvuelven en razón inversa. Cuando la razón no se ha despertado todavía ó ejerce una acción débil en la direc-

(1) Es común la creencia de que el hombre se distingue del animal por la ausencia de instintos; pero esto evidentemente es insostenible. Los psicólogos convienen en admitir la existencia de tendencias instintivas en el hombre; para unos, como Preyer, quien los ha estudiado en su mayor espontaneidad en los primeros años de la vida del niño, «los movimientos instintivos no son numerosos en el hombre»; otros, por el contrario, sostienen con W. James que «el hombre tiene una variedad de impulsos instintos bastante mayor que la de cualquier animal inferior». La ausencia aparente de instintos en el hombre proviene de la influencia de las facultades superiores, por las cuales él dirige sus tendencias naturales, las adapta á fines racionales, á las necesidades sociales, á las condiciones del medio en que vive, las reprime ó endereza unas veces y no pocas también las degrada y pervierte. De aquí resulta que el ejercicio de las tendencias instintivas pierde en el hombre el carácter rígido y fatal que aparece en los animales, y fácilmente se confunde en el adulto con las acciones voluntarias ó con la práctica de hábitos adquiridos. Para estudiar el instinto es necesario observar al hombre en circunstancias en que estas influencias extrínsecas no intervienen; en el idiota, v. gr., que manifiesta un gran desenvolvimiento de los instintos de conservación y de nutrición; en el niño, en el que se observan una serie compleja de instintos, algunos de los cuales no sobreviven á los primeros años, y otros, los menos, se encuentran desenvueltos y modificados en el adulto; y en circunstancias excepcionales, que dejan, por decirlo así, al desnudo el fondo espontáneo de la naturaleza, reducida ésta por la ausencia del ejercicio de las facultades superiores, y aun de todo hábito adquirido, á una especie de automatismo semi-inconsciente. — Cfr. J. de la Vaissière, *lug. cit.*, págs. 206 y siguientes.

ción de la vida, como ocurre en el niño ó en el idiota, los instintos se revelan en toda su pureza, fuertes y seguros, reaccionando á las excitaciones del exterior con su espontaneidad natural. A medida que la razón despierta é interviene activamente en la vida, los hábitos instintivos van modificándose y debilitándose, la fuerza asociativa de su mecanismo se afloja ó deshace totalmente, y hasta los instintos más fuertes, como es el de conservación, pueden ser inhibidos. En el hombre, pues, el instinto y la razón siguen direcciones divergentes y opuestas: la razón es esencialmente modificadora y destructora de los instintos naturales.

No es necesario insistir en este punto. Hoy todos convienen, zoólogos y psicólogos, sin exceptuar los teóricos de la evolución, en que el instinto propiamente dicho—tal como le define, por ejemplo, Claparède: «Una reacción hereditaria de tipo sensorio-motor, de finalidad especialmente dinámica, y común á un grupo de individuos»; ó mejor aún W. James: «La facultad de realizar actos en armonía con determinados fines, sin previsión de estos fines y sin previa educación de aquellos actos»—, es decir, la serie de acciones que observamos en la vida de los animales, tan complejas y tan perfectamente coordinadas y ajustadas á un fin, que parecen revelar un arte y una ciencia á veces superiores á los esfuerzos de la inteligencia humana más desarrollada, son debidas á una espontaneidad psicofisiológica, sin asomo de reflexión, ni conciencia de los fines ni de los motivos, ni libre elección de los medios, que acusarían la intervención de una razón. Y se conviene, además, en que los instintos se hallan repartidos en los seres de la naturaleza en razón inversa de su «inteligencia» (1).

(1) Damos aquí á esta palabra el sentido amplio é impreciso que suele tener entre los naturalistas, comprensivo no solo de la inteligencia discursiva conocedora de lo universal, sino también de la facultad de percepción y asociación, del poder de aprender que tienen



8.—No es, pues, en estas obras más perfectas y admirables del instinto, donde podría encontrarse algún fundamento de aproximación entre la psicología animal y la mentalidad humana; sino, al contrario, en las variaciones y adaptaciones de su espontaneidad individual que más se alejan de la fijeza y uniformidad específicas del instinto: «en sus indecisos tanteos y torpes ensayos, en sus pequeñas invenciones y humildes progresos, en sus aciertos y en sus mismos errores». El animal no solamente siente las cosas, percibe además lo útil ó nocivo de ellas y adopta actitudes y arbitra medios apropiados en frente de ellas según los casos; no siempre acierta en lo más conveniente, á veces se equivoca y otras parece dudar, remedando las maneras del juicio humano. Posee una memoria de los hechos como el hombre, á veces más pronta y más fiel que la del hombre, y una facultad de asociación de las experiencias pasadas, que le sirven de enseñanza en circunstancias semejantes futuras, dirigiéndole y advirtiéndole sobre lo conveniente para captarlo y sobre los peligros para evitarlos; tiene una manera de previsión ó sensación de lo futuro, especie de inferencia práctica de las consecuencias, que imita al razonamiento humano. Proverbiales son la sagacidad y astucia de ciertos animales, la habilidad y destreza en otros, la prudencia, la cautela, el recelo, etc.

---

los animales, y de adaptarse á nuevas circunstancias por experiencias sucesivas, modificando y variando las direcciones del instinto. Así, las abejas, las hormigas y otros insectos, son los que mejor imitan en sus industrias é instituciones sociales á la inteligencia humana; en este punto superan inmensamente á los vertebrados superiores, los cuales, y á medida que se asciende en la escala zoológica, poseen instintos menos numerosos y más imperfectos. «La teoría zoológica de la descendencia (transformismo) conviene hoy en que las hormigas y demás insectos no son, hablando con propiedad, inteligentes, y que sus facultades psíquicas se reducen á un desenvolvimiento muy complejo y muy perfecto de los instintos.»—E. Wassmann: *lug. cit.*, p. 320.

El animal es educable y susceptible de progreso en cierta medida. Nacen unos con instintos totalmente desenvueltos y definidos hasta en los más pequeños detalles de su ejercicio; pero otros, especialmente los vertebrados superiores, poseen solamente instintos sin modelar en sus detalles, y necesitan un periodo de aprendizaje y adiestramiento con que adaptarlos á las circunstancias del medio; se observan en general mayores habilidad, destreza y astucia en los individuos viejos que en los jóvenes; la experiencia les sirve también de enseñanza como al hombre. El hombre domestica los animales, hasta los de ferocidad más salvaje, modificando sus instintos naturales y adiestrándolos para fines útiles. Es un hecho de experiencia vulgar que los animales cambian y dulcifican sus costumbres en la convivencia con el hombre, participando en algún modo de los efectos de su civilización (1).

9.—Ahora bien; este conjunto de adaptaciones psíquicas del animal á las condiciones del medio, el adiestramiento en la coordinación de sus actos para fines siempre útiles, ¿supone una actividad capaz de concebir lo universal, de formular juicios, de percibir las relaciones entre antecedente y consecuente, característicos de la inteligencia humana?

El «principio de economía», fundamental en la metodología científica, exige que cuando causas de un orden inferior y más simple bastan para explicar un hecho, no debe recurrirse á causas de un orden más elevado. Así, en psico-

---

(1) Es de notar, por ejemplo, cómo los animales se adaptan al medio en las grandes ciudades, circulando impasibles entre el movimiento vertiginoso y el estrépito de los modernos aparatos de locomoción. Cuando los automóviles comenzaron á circular por las carreteras, eran el terror y el espanto de las bestias; la experiencia les ha ido acostumbrando á verlos pasar tranquilamente, y los perros, antes víctimas frecuentes de su inexperiencia, han aprendido á ser cautos.



logía animal, la regla fundamental será: *no atribuir á los animales facultades superiores, cuando las inferiores bastan para explicarlo todo*. Si, pues, los actos de la vida animal pueden explicarse por la percepción, la memoria y el apetito sensibles, por las tendencias instintivas, modificadas en cada individuo bajo la influencia de la experiencia puramente sensible; en este caso el recurso á la hipótesis de una actividad racional semejante á la del hombre será un antropomorfismo sin carácter científico (1).

Ahora bien, si se examinan las adaptaciones especiales de los instintos animales, la domesticación y los casos más raros y admirables de adiestramiento debidos á la industria del hombre, todo encuentra explicación en el principio de asociación puramente sensible (2); nada encontramos en la vida animal que exija el recurso á la inteligencia lógica y

(1) E. Wasmann: *l. c.*, pág. 316.

(2) El adiestramiento de los animales es un simple fenómeno de asociación.

«Adiestrar un animal es asociar artificialmente ciertos movimientos á determinadas actitudes ó gritos del educador, de tal manera que la percepción del gesto ó del grito despierte en el animal la imagen de los movimientos que ha de ejecutar. Para formar estas asociaciones se encamina al animal por sus instintos; es decir, se saca partido hábilmente de sus tendencias á buscar lo que le conviene, ó del terror natural que le produce el sufrimiento físico. Un perro, por ejemplo, á la voz de su dueño que le grita: ¡presenten!, se levanta sobre sus dos patas traseras y las otras dos al aire, avanzando hacia él erguido y marcial; se creará ver á un militar presentando las armas, con la conciencia del papel que se le hace representar. ¿Qué ha sido necesario para esto? Simplemente la paciencia de asociar repetidas veces una golosina ó una caricia al movimiento ordenado, al gesto y á la voz de mando, y una corrección cuando se resiste á practicarlos; á esto se reduce todo el mecanismo de su actitud cómica. Inútil añadir que el aire marcial, la seriedad, etc., son productos subjetivos de nuestra imaginación. Del mismo modo se ha asociado cierto movimiento de la caballería á la sensación de un trallazo y á la percepción auditiva de una ruda exclamación, y cuando la asociación se ha grabado en el cerebro del animal basta oír tal ó cual grito para que se produzca éste ó el otro movimiento determinado, para

reflexiva, á esta facultad que el hombre posee de abstraer y generalizar, de deliberar y juzgar, de discurrir por conceptos.

«La cuestión no se resuelve, dice Wasmann, con traer á cuento y acumular anécdotas sobre la inteligencia de los animales; es necesario *examinar los resultados críticos de la psicología animal experimental*, y estos resultados son evidentemente desfavorables á la suposición de inteligencia en las bestias... Conocida es la historia del caballo «Kluge Hans» de M. von Osten, de Berlín. Cuando los psicólogos Stumpf y Pfungst le examinaron detenidamente, observaron que le faltaba totalmente la facultad de formar conceptos. Thorndike, Kinnann, Hobhouse, Watson, etc., trabajando sobre monos y otros animales superiores, llegaron á la misma conclusión; y el psicólogo bien conocido Ed. Claparède ha podido decir en el Congreso de Psicología de Francfort (1908) que el resultado de todos los estudios críticos, de todas las experiencias hechas en psicología animal experimental, se encerraba en esta tesis: «*El animal no tiene inteligencia; el animal es incapaz de reflexión.*» El psicólogo inglés Lloyd Morgan reconoce que no existe prueba positiva alguna que autorice la atribución al animal de la facultad de pensar por conceptos.» (1).

En un capítulo de sus Principios de Psicología.—«*Contraste intelectual entre el bruto y el hombre*»—hace W. James una crítica de las anécdotas ó historias más salientes recogidas por Darwin, Romanes, etc., acerca de la inteligencia de los animales, y cree poder demostrar que el proceso mental implicado en ellas es explicable por la mera asociación de contigüidad. Podemos considerar como probado—concluye—*que la diferencia particular más elemental entre la mente humana y la del bruto estriba en esta deficiencia por parte del*

echar á andar ó detenerse, para dirigirse á la derecha ó á la izquierda, con movimiento acelerado ó pausado.—Mercier: *Psych.* pág. 233.

(1) Cfr. Wasmann, *l. c.* p. 321.



último para asociar ideas por semejanza (por abstracción conceptual). El bruto nunca llegará á concebir el pensamiento como tal.»

10.—La crítica de los hechos, verdaderamente científica, no autoriza, pues, la generosidad con que los discípulos de Darwin pretenden dotar al animal de todas las facultades superiores humanas. Cualquiera que sea la naturaleza de la conciencia animal, es lo cierto que la experiencia no descubre en ella nada que de cerca ni de lejos se parezca á este poder que el hombre posee de pasar de lo real á lo lógico, del hecho á lo posible, de lo particular y contingente á lo absoluto necesario, que da origen á las concepciones humanas de la ciencia y del arte, de la religión, moralidad, justicia, lenguaje, progreso industrial, organización social, etc.

Si los animales poseen, aunque sólo sea en grado ínfimo—escribe Piat (1)—este poder de análisis y deducción que llamamos inteligencia; si saben, como el hombre, romper la trama que constituye la realidad viviente para descubrir los elementos íntimos y hacer con estos materiales esparcidos síntesis nuevas, su energía mental debe extenderse en todos sentidos. «La abeja, por ejemplo, debe descubrir en sus celdillas sólidos; en estos sólidos planos; en los planos, líneas; en las líneas, puntos, y en estos puntos, el concepto de ser, que es otro abismo de atracción para el pensamiento humano. Debe conocer no solamente la práctica, sino la teoría de la geometría; es necesario que en cierta manera sea también metafísica, porque la actividad intelectual es como un sol cuyos radios se extienden en todas direcciones. De hecho, nada semejante se observa en los animales, ó mejor dicho todo lo contrario; se parecen á un maquinista que dirige una máquina, pero ignora su mecanismo y las leyes de su funcionamiento y construcción. La abeja, arquitecto práctico consumado, no comprende ni

(1) *La personne humaine*, pág. 250 y sig. París, 1897.

trata de comprender la arquitectura de sus panales, ni la araña la de sus telas, ni el castor la de sus maravillosas construcciones; nada hay en todo esto que se parezca á esa serie indefinida de combinaciones diferentes que puede y debe producir la vista de lo posible, y á la que debe la inteligencia humana el progreso en todas las manifestaciones de su vida; la evolución mental de las bestias no presenta analogía alguna con la inteligencia del hombre, no hay en ellas asomo de vida racional.»

Concluyamos, pues, con el citado E. Wasmann (1): «En esta cuestión, la verdad está en un medio igualmente distante de dos exageraciones extremas. El animal no es un hombre, tampoco es una máquina; ni antropomorfismo, ni materialismo mecánico. El animal es un *ser sensible*, dotado de instintos hereditarios y específicos que se modifican más ó menos bajo la influencia de la experiencia sensible. En las hormigas y en los vertebrados superiores, este instinto, así modificado, puede ofrecer sorprendentes analogías con las acciones inteligentes. Cuanto á la evolución gradual, de que habla la teoría de la descendencia, y gracias á la cual habría lentamente surgido desprendida de las formas inferiores de la vida animal la actividad consciente superior del hombre, no encuentra en la psicología animal crítica, ninguna confirmación. Desde el punto de vista psicológico, el abismo que separa al hombre de la bestia, queda siempre abierto. Solamente en el hombre la vida sensible se corona y acaba en vida intelectual.»

(1) *Ibid*, pág. 321.